

El rapto de [la psicología en] Europa: mítica y nostalgia en tiempos de convergencia

Florentino Blanco Trejo

Universidad Autónoma de Madrid

Jorge Castro Tejerina

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen

Este artículo es una introducción y presentación al volumen monográfico «La Historia de La Psicología y el Espacio Europeo de Educación Superior». En él exploramos los motivos que han llevado a replantear el valor y función de la Historia de la Psicología dentro del nuevo Espacio Europeo de Educación Superior. A partir de este análisis, (1) justificamos el sentido de los trabajos que componen el volumen y su organización y (2), al mismo tiempo, subrayamos los intereses económicos y profesionales que guían la reforma universitaria europea. Aunque sólo sea a título nostálgico, reivindicamos una tarea docente comprometida con la simple inquietud por el saber.

Palabras clave: Espacio Europeo de Educación Superior, Historia de la Psicología, Ciencia y profesión.

Abstract

This paper introduces and presents the special issue «The History of Psychology and the European Space for Higher Education». We explore those aims that led to reconsider the value and function of the History of Psychology within the new European Space for Higher Education.

NOTA: Este artículo introductorio así como el propio proyecto de monográfico se ha realizado en el seno de dos proyectos de investigación paralelos, ambos subvencionados por la Dirección General de Investigación del MEC: SEJ2005-09110-C03-01/PSIC y SEJ2005-09110-C03-03/PSIC. Asimismo, los editores desean hacer constar y agradecer expresamente el apoyo prestado por Enrique Lafuente Niño en tareas fundamentales para la gestión y elaboración final de este monográfico.

Contacto con los autores / editores en <florentino.blanco@uam.es y jorge.castro@psi.uned.es>.

From here on, (1) we justify the sense of the compiled works in this volume and its arrangement, and (2) we highlight, at the same time, the professional and economic concerns guiding the European university reform. Just as a matter of *nostalgia*, we vindicate a teaching task involved in a plain commitment to knowledge.

Keywords: European Space for Higher Education, History of Psychology, Science and Profession.

Un rasgo que seguramente compartimos casi todos los psicólogos (sobre todo los psicólogos académicos) es una suerte de «conciencia estructural» y vaga (semejante a la conciencia que tenemos de ir vestidos) de debilidad epistemológica, que sería un tanto farragoso intentar explicar ahora (para esta cuestión se puede ver Blanco y Castro, 1999; Castro, Jiménez, Morgade y Blanco, 2001; Blanco, 2002). Lo cierto es que esta conciencia de debilidad epistemológica, de inestabilidad, de diversidad, de fragmentación, nos lleva, en una reacción comprensible, a exagerar todo aquello que consigue que la psicología aparezca como un saber científico normalizado, canónico y clausurado. Adelantamos que la maniobra resulta comprensible, aunque no necesariamente útil.

Una de las consecuencias más interesantes de esta estrategia es la tendencia a eliminar de la esfera de nuestra actividad oficial toda referencia formal a nuestros vínculos históricos con la filosofía y, en general, con las formas de saber que no se someten enteramente a la lógica de la ciencia positiva. Sería perfectamente comprensible, en este sentido, que la historia de la psicología siguiese de una u otra manera el mismo y dudoso camino que han ido tomando con el paso del tiempo en nuestros *curricula* la epistemología, la sociología o la antropología, muy especialmente en el seno de una estrategia de diseño curricular condicionada por la necesidad de reducir créditos.

Todo parece invitar, en efecto, a una huida hacia delante en la que tienden a primar, y una vez más resulta comprensible, los argumentos pragmáticos o coyunturales. En la redacción final del *Libro Blanco* para la licenciatura de Psicología, la historia acaba formando parte de un bloque de contenidos curriculares denominado «Psicología: Ciencia y profesión», que tiene adscritos 7 créditos ECTS (es el bloque con menor carga de créditos, a excepción del *practicum*), y que se organiza aparentemente sobre el horizonte de la legitimación racional de las proyecciones profesionales de la psicología. Si tenemos en cuenta que, además de la Historia de la Psicología, el bloque recicla contenidos relacionados con la teoría de la ciencia («método científico»), con las proyecciones profesionales de la psicología y con cuestiones deontológicas, nos encontramos ante el reto ineludible de redefinir nuestra posición en el *curriculum* y nuestras funciones docentes. Dado que el reparto de créditos es la consecuencia de la

aplicación de una metodología no sólo rigurosa (basada en encuestas cuyos resultados pueden ser tratados estadísticamente), sino justa (han participado de manera ponderada todos los sectores que definen la cultura psicológica oficial), los historiadores tenemos la conciencia de habernos quedado sin argumentos para una defensa racional, o por lo menos igualmente rigurosa o justa, de las funciones que hemos venido desarrollando y del espacio académico que hemos venido ocupando; una conciencia alimentada, además, por nuestras crecientes dificultades de ajuste (no hay, por ejemplo, revistas de historia de la psicología en el *Social Sciences Citation Index*) a las condiciones que van definiendo en los últimos tiempos la lógica de la carrera académica.

El volumen que presentamos pretende dar salida y proyectar a un ámbito más general la reflexión que se programó para la reunión intermedia de la SEHP, celebrada el 12 de noviembre de 2005 en la Universidad Complutense de Madrid. El telón de fondo de dicha reunión era, en efecto, el análisis de las funciones y el espacio previsibles para la Historia de la Psicología en el marco cultural y político que define el proceso de convergencia europea en materia de educación superior. Las intervenciones de los participantes nos permitieron comprobar que el análisis exigía tomar en consideración no sólo la dinámica curricular específica que parece promover un proceso de convergencia profundamente condicionado por la necesidad de homologar títulos para el ejercicio profesional, sino también los debates derivados del análisis del sentido de la historia, en general, en el seno de una forma de vida cada vez más volcada en el presente y más ajena a las condiciones en las que se ha venido fabricando su propio proyecto cultural.

Esta tendencia general se agudiza en el caso de las ciencias humanas, que, sometidas ya al proyecto positivista que fundamenta la idea misma de progreso, han ido eliminando de su agenda toda necesidad de analizar su proceso de constitución, dado que el estado presente no es ya en ningún sentido problemático, al ser, también por definición, el mejor de los posibles. La historia de la psicología es vista por los que discuten los futuros proyectos curriculares, y en el mejor de los casos, como una suerte de recurso mítico e identitario al servicio de este proyecto positivista, que parece culminar en una idea un tanto hipertrofiada de la dimensión profesional de la disciplina.

El volumen que ahora presentamos pretende ofrecer algunos de los puntos de vista que desde nuestro ámbito disciplinar (psicología y ciencias humanas) y cultural (Europa y Latinoamérica) nos pueden ayudar a actualizar esta reflexión sobre el valor y las funciones de la historia de la psicología, bajo la hipótesis de que el carácter crítico, problemático y práctico del conocimiento generado por las ciencias humanas y sociales exige una consideración permanente de su decurso histórico. Sin esta mirada histórica, las ciencias humanas y sociales, y en particular la psicología, podrían convertirse en potentes tecnologías, ciegas a su propia función, al servicio de los muy diversos sistemas de homologación y control social.

En efecto, el dilema que motiva este volumen no es nuevo en casi ningún sentido, aunque tampoco podamos decir que sea, en algún sentido, ancestral. La cuestión es bien simple: o bien hay una historia, única, de la razón pura o bien toda historia posible es un cuento. En efecto, posiblemente el dilema no existe desde siempre, pero sí al menos desde Descartes:

... cuando se extrema la curiosidad por las cosas que se practicaban en los tiempos pasados, se queda uno en gran ignorancia de las que se practican en el suyo. Además las fábulas hacen imaginar como posibles acontecimientos que no lo son, y hasta las historias más fieles, si no cambian o aumentan el valor de las cosas para hacerlas más dignas de ser leídas, por lo menos omiten de ellas casi siempre las circunstancias más bajas y menos ilustres, de donde resulta que el resto queda desfigurado, y que los que regulan sus costumbres por los ejemplos que sacan de ellas están expuestos a caer en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas y a concebir designios que sobrepasen sus fuerzas (Descartes, 1983, p. 47).

En otras palabras, o bien hay una única historia capaz de contemplar, anticipar o refutar cualquier otra historia concreta, o bien toda historia posible es por definición un cuento, un procedimiento para aliviar nuestra angustia, o una excrecencia retórica de nuestros intereses o necesidades más banales, por ejemplo, de nuestra absurda necesidad de saber quiénes somos o qué debemos hacer.

Aún en el caso de que esta historia total fuera posible, habría que decidir qué podría aportar al ciego y totalizador despliegue del presente. Es decir, si el presente, el mejor de los presentes, como parece que deberíamos decir, contiene, como parte de su despliegue, la conciencia histórica misma, como conciencia histórica única, entonces ¿para qué puede servir la historia? ¿para qué podrían servir los relatos concretos, los abultados volúmenes en los que vamos depositando las actas de defunción de acontecimientos y personajes? ¿para qué entonces tanto archivo, tanto monumento o tanto odio, tanto mirar atrás compulsivamente? ¿acaso tienen razón los agoreros que desde hace tanto tiempo vienen anunciando el fin de la historia o los políticos que han asumido el duro papel de confirmar la profecía?

En efecto, las resoluciones que han ido adoptando aquellos de nuestros compañeros que han participado abnegadamente en la redacción de libros blancos y directrices son en realidad actos heroicos. A estos compañeros les ha tocado, como al cirujano que tiene que comunicar su fracaso a la pobre viuda, anunciarnos el doloroso e inevitable fin de la historia. Y nos lo han comunicado, además, con toda la delicadeza que se espera de los buenos profesionales. Han utilizado todos los medios posibles. Héroes de algún modo conscientes de su superioridad moral, semidioses capaces de poner a nuestro alcance, con un lánguido «lo siento» todas las infinitas sutilezas racionales y políticas del proceso que ha llevado al fatal, pero saludable, desenlace. Ya se sabe, nos

dijeron, el progreso, el proyecto europeo, la necesidad de renovar nuestra forma de enseñar, el futuro de la profesión, exigen algunos sacrificios.

Los motivos, como iremos viendo a lo largo de este volumen les sobran, aunque no tanto, seguramente, las razones. Adelantamos que prácticamente todos los trabajos que hemos incluido en este volumen constituyen auténticos alegatos para la absolución de la historia y en particular de la Historia de la Psicología. Sus argumentos pueden ser recogidos en tres formas distintas de responder al debate, que antes anunciábamos, entre la idea de una historia única y la idea de un enjambre imparable de historias parciales y alternativas. Se trata de tres formas de responder al debate que tendremos que designar, por un cierto prurito filosófico que aún nos queda, como positivista, racionalista y genealógica.

Los positivistas, y conviene seguir en este extremo el razonamiento de J. B. Fuentes en este mismo volumen, entienden que la Historia es virtualmente inútil porque no aporta nada al estado actual de las disciplinas científicas: las relaciones formales entre los contenidos de los últimos números de todas las revistas de psicología «indexadas» en el *Social Sciences Citation Index* contienen todo lo que merece la pena que un psicólogo conozca. Lo demás tiende a convertirse en historia y resulta cognoscitivamente inútil. Queda implicado, dado que es inútil, que es también una pérdida de tiempo y, por lo tanto, en estos tiempos de precariedad y de «coste cero», moralmente irresponsable. Es necesario, por lo demás, y paradójicamente, que este discurso antihistoricista tan popular se dote de alguna filosofía de la historia, siquiera implícita, que justifique la creencia (o el hecho) de que lo actual sea capaz de cancelar siempre lo pasado.

Para los racionalistas, contar historias sólo tiene o tendría sentido en la medida en que los relatos concretos y diversos fueran capaces de advertir y argumentar adecuadamente el modo en que la razón ha conseguido, está consiguiendo, o conseguirá siempre, que el presente sea, en algún sentido, mejor que el pasado. Si al estruendo de los obuses, al bullicioso silencio de los miles de niños que rebuscan en las entrañas de los basureros, a los teoremas y a los versos más sutiles, subyace siempre el pulso irrenunciable de la razón, si cada una de estas formas de acontecer es una manifestación encarnada del destino racional de toda forma de vida pensable, entonces la historia sólo puede consistir en una hermenéutica del sentido, pero esta vez del único posible, como de algún modo, defienden Loredó, Sánchez y Fernández –explícitamente al servicio de una historia funcionalista de la psicología– y Carpintero y Lafuente –de una manera implícita y en el seno de una historia generalista y acumulativa– en este mismo volumen. Si un relato particular no es capaz de advertirse a sí mismo como condenado por este sentido único, entonces es, por definición, irracionalista o abiertamente, en algunos casos, un fraude estratégico. El racionalismo asume, lógicamente, que hay de hecho una única historia con distintos apellidos, es decir, que toda historia particular que merezca ser contada es un capítulo de la Historia de la Razón Pura que Kant dejó sin escribir. En

todo caso, la historia sigue siendo, sino inútil, un artefacto meramente confirmatorio. Por lo demás, y por lo que respecta a lo que habitualmente llamaríamos Historia de la Psicología, sólo merecerían un espacio en sus páginas aquellos autores o argumentos que, de algún modo, asumiesen o anunciase el carácter irrenunciable o irrevocable de la verdad como propiedad formal de la razón. El resto sólo se merecerían el espacio o el tiempo necesarios para demostrar la naturaleza de su error, de su negligencia, de su ignorancia o, incluso, de su inmoralidad. O, en el mejor de los casos, lo que hubieran necesitado advertir para entrar a formar parte de la nómina de los elegidos.

En general, los racionalistas tienen por delante la tarea urgente de explicar de manera no menos racional y clara (es decir, sin atribuirlo a cuestiones como intereses, errores, etc.) a qué se puede deber el hecho de que no haya, de hecho, una historia única, salvo, tal vez, cuando alguien tiene el poder necesario para imponerla. Tomado el asunto en serio, deberían seguramente concluir que la razón misma no ha sido ecuánimamente distribuida entre los hombres, y que sólo los racionalistas tienen razón, ya en los dos sentidos, es decir, (1) están dotados de razón y ello (2) les permite tener razón, estar más cerca de la verdad.

La tercera respuesta, que llamábamos antes genealógica, como una forma de reconocer la influencia en ella de Foucault, pero que cabría considerar también historicista, para entender en ella la presencia formante de Dilthey y la tradición de la *verstehen*, asume que lo único que parece tener sentido es seguir produciendo historias parciales, descentradas y diversas, como ejercicios provisionales de desenmascaramiento, como formas infinitamente imprevisibles de desconocernos y reconocernos, o como formas inagotables de advertirnos como seres atrapados entre la memoria y el futuro. La historia es entonces la forma de hacer coherente nuestro pasado con el futuro que esperamos, con lo que deseáramos ser, al menos cuando tenemos la posibilidad de imaginarlo. La historia es la única forma de hacer formalmente presente lo pasado. La especificidad de la historia de la ciencia estriba en su esperanza de establecer genealógicamente las condiciones de todo orden desde las cuales hemos ido produciendo verdades, a veces múltiples y mutuamente contradictorias. Algo de esta sensibilidad atraviesa la propuesta de Rosa, aunque bien es verdad que su argumento conduce, no lejos de la sensibilidad racionalista, a retrazar la historia oficial de la psicología. Sin duda, son las colaboraciones «extranjeras» de Vezzetti y Smith las que parecen desenvolverse más cómodamente dentro de los márgenes difusos de esta sensibilidad genealógica.

Como ya hemos señalado, ningún trabajo de los que aquí incluimos se ajusta enteramente a ninguna de estas tres formas de responder al dilema. Sin embargo, éstas nos permiten elaborar un criterio práctico para organizar el volumen monográfico, aunque sólo sea porque es fácil advertir cómo las colaboraciones se posicionan en relación con ellas. Así, en una primera parte, titulada *La historia abierta: alternativas a la cancelación positivista del pasado de la psicología*, hemos incluido, prácticamente a

modo programático, el trabajo de Fuentes. Su crítica al cierre positivista de la Historia, supuesto en las tesis pedagógicas de Bolonia, nos parece clave para entender el espíritu con el que se ideó este monográfico. En la segunda parte, que hemos titulado *La historia recontada: alternativas al pasado oficial de la psicología*, se recogen los trabajos involucrados en la revisión o rectificación de la historia oficial. Colocamos en primer lugar el de Loredo, Sánchez y Fernández por abordar tal cuestión en perfecta continuidad con la propuesta de Fuentes; esto es, en relación con la crítica al Espacio Europeo de Educación Superior. A continuación aparece la apuesta generacional de Carpintero y Lafuente, un trabajo que, a nuestro modo de ver, ilustra bien el tipo de reajustes y reformas que podrían acometerse en el seno de las propias lecturas historiográficas oficiales. Por último, incluimos la relectura «semiótica» de la historia de la psicología propuesta por Rosa. En cierto sentido, el transfondo contextualista de este trabajo permite emplearlo como gozne con el último bloque de colaboraciones. Con el título de *La historia en perspectiva: alternativas al pasado unidimensional de la psicología*, este grupo da cabida a la sensibilidad genealógica, ya comentada, de Smith y Vezzetti.

Quizá sea pertinente señalar que la ubicación del artículo del autor argentino al final del monográfico es absolutamente deliberada. Y no sólo porque, a modo de recapitulación, suponga un excelente mapeo crítico de todas las posiciones que conforman el territorio actual de la historiografía de la psicología. Sin duda, algo semejante, en amplitud y rigor, nos ofrecen Loredo, Sánchez y Fernández. Pero, por qué no vamos a decirlo, los editores de este monográfico han preferido arropar su clausura con el trabajo que, desde una exquisita discreción y cordialidad, está más próximo a sus propias sensibilidades historiográficas.

Al margen de estas afinidades inevitables, como editores de este volumen no podemos evitar un cierto pesimismo, un difuso dolor de ausencia, una cierta nostalgia del futuro que pudo haber sido y que no será nunca. Tenemos la sensación de que este monográfico, y tal vez esta revista, constituyen una suerte de espacio utópico, de no-espacio, para el ejercicio de algo que ya no puede ser visto sino como nostalgia. Una nostalgia, bien es cierto, razonablemente civilizada que no va a dar lugar a ningún tipo de violencia, que sólo se expresará en el orden litúrgico de las conversaciones sobre lo que fuimos. Es inevitable recordar a este respecto los tiempos en los que este negocio no había aún sucumbido a la metáfora aciaga del crédito. Los profesores vagábamos lentos y reflexivos, incluso, a veces, ociosos, por los pasillos buscando conversación, organizábamos seminarios paralelos sobre las materias más sofisticadas e inútiles y encontrábamos cierto placer moral en el reconocimiento de nuestra ignorancia. Creíamos la mayoría que había tiempo para aprender. Creíamos que este era un espacio vagamente sagrado, tal vez el último, donde nunca entrarían los bancos, ni los cambistas, con sus tarjetas electrónicas, sus auditorías, sus sistemas de control de calidad, con sus relojes y sus planes perfectos, con su posibilismo, su talante, su tolerancia, su moderación, su

ponderación, su buen gusto, su realismo, su sano escepticismo, «profesionales como la copa de un pino», responsables ante todo, competentes, diestros, especializados, vagamente sonrientes ante nuestra estupefacción. Auténticos *stakeholders*, valedores del progreso, la abundancia y el equilibrio.

Lo peor de todo esto, ahora que el asunto se puede ver ya con un poco de distancia, no es lo que perdemos, porque seguramente nunca hemos estado ganando nada. No venimos de un estado ideal. No estamos muy de acuerdo con la idea tan frecuente de que este proceso de convergencia en materia de educación superior sea parte de un proceso más general de destrucción masiva de algo sustantivo y previo. Seguramente nunca hemos construido nada tan perfecto como para lamentar su destrucción. Lo vemos más bien como un proceso aciago e inevitable de profundización en lo que Cassirer (1956) llamó, si bien en un sentido distinto, la bancarrota del saber, la vanalización del conocimiento o su sometimiento definitivo a la lógica del beneficio. Conviene recordar que el negocio de la educación superior está entre los productos exportables que más beneficios genera para los Estados Unidos de América (del orden de 30 y tantos billones de euros, un tercio del comercio mundial, aproximadamente) y que, de acuerdo con algunos informes autorizados (Merril Lynch), se ha estimado que el número de estudiantes universitarios (unos 200 y pico millones en el mundo actualmente) podrían quintuplicarse en los próximos 20 años. Si, como todo parece indicar, el negocio se privatiza, podemos imaginar el dinero que puede llegar a mover y los intereses que los *stakeholders* (empleadores, agencias de promoción del desarrollo, colegios profesionales) pueden proyectar sobre este sector. Evidentemente, este crecimiento de la población universitaria debe estar asociado a la liberación de los trabajos menos sofisticados, que van cayendo en manos de los inmigrantes procedentes de países menos desarrollados.

Parece evidente que la Unión Europea intentará por todos los medios gestionar la dinámica de este sector del mercado y controlar fiscalmente los beneficios que genere, al tiempo que solventa los problemas relacionados con la homologación profesional, o, tal vez mejor, ocupacional, entre los distintos territorios o estados de la unión. El resto suena a música de las esferas. Estrategias de dispersión de la atención y de alivio de la mala conciencia.

No resulta difícil estar de acuerdo con los analistas que dicen que la globalización del comercio universitario tendrá efectos más decisivos que la globalización tecnológica, económica o informativa, aunque, evidentemente, resulta absurdo considerarlas por separado. La consecuencia más inmediata y más severa de este proceso encubierto de liberalización/homologación del comercio ligado a la educación superior será sin duda la globalización de nuestras formas de vida y de nuestras agendas de valores. Sólo nos distinguiremos por nuestras estrategias de consumo, lo que, efectivamente, ya es algo ¿no es cierto?

En definitiva, no está mal empezar a pensar que los derechos son de la gente y no de los territorios, por lo que tampoco podemos estar en contra de una vanalización de las fronteras; claro que de todas, si el argumento vale. También de las fronteras del sur y del este. Lo que no está tan claro es que la difuminación de los límites territoriales y la universalización de los derechos humanos implique la aniquilación de toda diferencia sustantiva, de toda aspiración a la diferencia, la reducción de toda posible forma de vida a una sola forma posible de vida y a la constitución consiguiente de nuevas fuentes de alteridad y conflicto (musulmanes, subsaharianos o lo que fuere). Diseñar una universidad condicionada por las necesidades del mercado, liberalizar el mercado de la educación superior consiste sólo, primero, en negociar y definir unas cuantas reglas de cómputo relativamente simples, y, segundo, en motivar a los vendedores y a los clientes, es decir, a los universitarios y a los estudiantes.

Este debate general, que está en los orígenes de este volumen, es seguramente una forma estratégica de motivar a todos los agentes implicados, haciendo ver, al menos, que no hay ningún interés oculto en el proceso que nos llevará a reconocernos mutua, recíproca y ecuménicamente en el espíritu de Bolonia; aún más, que el espíritu de Bolonia es en realidad el símbolo más perfecto y redondo de la sofisticación europea, de nuestra sutileza cultural, de nuestra capacidad para el diálogo y para el pluralismo. Bolonia es reconocida en este discurso como una madre acogedora, capaz de dar sentido a las metas de cada uno de sus vástagos, desde los realistas que aspiran, legítimamente, a convertir la universidad en una escuela de negocios, hasta los nostálgicos, ingenuos, como los que suscriben este trabajo editorial, que necesitan algo más de tiempo para aprender las reglas que realmente resultan operativas en la vida moderna. Todo esto nos valdría si, como profesores, historiadores o psicólogos, solo aspirásemos a sentirnos cómodos, pero no es el caso, como pueden ustedes imaginar.

Referencias bibliográficas

- BLANCO, F. (2002): *El cultivo de la mente: un ensayo histórico-crítico sobre la cultura psicológica*. Madrid, Antonio Machado.
- BLANCO, F. y J. CASTRO (1999): «La descripción de la actividad epistémica de los psicólogos en los manuales de historia de la psicología». *Revista de Historia de la Psicología*, 20 (3-4), pp. 59-72.
- CASSIRER, E. (1956): *El Problema del Conocimiento en la Filosofía y en las Ciencias Modernas (II)*. México, Fondo de Cultura Económica.
- CASTRO, J., B. JIMÉNEZ, M. MORGADE y F. BLANCO (2001): «La función de los mitos fundacionales en la promoción de una identidad disciplinar para la psicología». *Revista de Historia de la Psicología*, 22 (3-4), pp. 297-309.
- DESCARTES, R. (1983): *Discurso del Método*. Madrid, Orbis.